

## La pequeña aldea: los juegos

Los varones solían jugar en los inmensos huecos o baldíos que por toda la ciudad había. Esos lugares eran verdaderos "paraísos" donde se podía pescar ranas en los charcos, cortar cañas y transformarlas en lanzas medievales con las cuales imitar un combate de caballeros. También solían buscar plumas para disfrazarse, pero no las que se podían encontrar en el piso del gallinero sino aquellas que se obtenían tras "anaranjar" a algún gallo, es decir, arrojarle naranjas hasta matarlo para posteriormente desplumarlo. Otro juego era "el toro" que consistía en alternarse el papel de toro y torero y ver quién resistía más embestidas; esto sumaba puntos y determinaba al ganador. También estaba la variante de embestirse con cañas con espadas de madera, como si fueran soldados (a este juego se lo llamaba "las cañas").



También se jugaba a las escondidas, con la diferencia de que había muchísimos más lugares secretos que ahora, por lo cual el juego resultaba más largo y divertido. Claro que los que jugaban tanto en la calle eran los chicos de las clases bajas, "sucios y revoltosos", como los describió un viajero inglés.

También armaban sólidos barriletes llamados *pandorgas o cometas*. Cuenta Vicente G. Quesada que una de las máximas diversiones con estas cometas "coloniales" era atarles un cuchillo en la cola para cortar el hilo del barrilete de algún contrincante. A esta variante la llamaban "corsario" y el barrilete capturado quedaba en poder del triunfador.

Tratándose de un tiempo en el cual el medio de locomoción en tierra era el caballo, aprendían a cabalgar desde muy chicos, pero lo hacían en ovejas ensilladas con monturas verdaderas. También había una forma singular de practicar equitación gratis: como las calles eran fangosas, los médicos no andaban en coche, sino a caballo que dejaban atado en el poste de la casa que debían visitar, pero ¿qué sucedía entonces? Cuenta Lucio V. Mansilla: *Creo que en Buenos Aires no hay un solo viejo (excepto yo, tan flojonazo) que no haya hecho sus primeros ensayos ecuestres en caballo de médico. ¡Cuántas veces habrán estado espionando al doctor tal o cual para jinetear un rato mientras él hacía sus visitas! A veces acontecía que el médico, antes de despedirse, decía: "Señora... ¿quiere usted mandar a ver si está mi caballo..." El sirviente iba y volvía con esta noticia: "Sí, está..." o "Todavía*

*no está..." Si lo último, había que tener un poco de paciencia... Los muchachos no abusaban, aunque a veces montaran dos y hasta tres en el mismo flete. Por lo demás, el doctor nunca se enojaba por eso. Al contrario: los más pacientes (es raro que un médico no lo sea) todavía saludaban diciendo: "Gracias, amiguitos..."*



Las nenas, en esa época, no jugaban igual que los varones, además de las muñecas —que entonces eran de cuero o de tela y sus ojos estaban realizados por lo general con botones— solían divertirse corriendo el aro por el patio de la casa, cantaban y bailaban con castañuelas y panderetas, saltaban la cuerda hacían rondas como las de San Miguel, de San Francisco, el Arroz con leche, Mambrú se fue a la guerra, Sobre el puente de Avignon y otras más.



Disfrazarse también era un juego de nenas, igual que las "adivanzas", la gallina ciega y la rayuela.



Sin embargo, tanto para los ricos como para los pobres, la niñez duraba unos diez años. Aproximadamente a partir de esa edad, empezaban las obligaciones que, en unos dos o tres años más, los sumirían para siempre en la adultez. Los varones debían ocupar su lugar en el mundo: los más pobres empezar a trabajar con seriedad y los más ricos ir a la escuela donde estudiarían con la exigencia y el rigor de una universidad. Las nenas tenían que empezar a obtener las virtudes que las prepararían para su único destino: el matrimonio. Así, sobre todo las nenas de las clases alta y media, aprendían unas escasas letras y mucho bordado, costura y música. Todos, sin excepción, a los trece o catorce años ya estaban ocupando el lugar de los grandes: las nenas eran

prometidas en matrimonio y los varones —según su clase— ocuparían un puesto de dependiente, irían al ejército, estudiarían una carrera universitaria, arrearían ganado, acarrearían agua del río... En suma: ya eran adultos.

Muchos casos hay para recordar, por ejemplo, el general Gregorio Araoz de Lamadrid se incorporó como teniente al Regimiento de Voluntarios de Caballería con quince años recién cumplidos; el cargo que ocupó da la pauta de que ya estaba suficientemente formado. También está el caso del general José de San Martín, quien a los doce años ya combatía en España y el de su esposa, Remedios de Escalada, quien contrajo matrimonio a los catorce —como la mayoría de las chicas de entonces que, si no lograban marido pronto ya eran “solteronas” o debían prometerse a Dios.

### Bibliografía

*La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860*

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999

Láminas: Los juegos franceses de los niños de escuela, 1810 situados en el Musée de la Ville de Paris, Musée Carnavalet, París, Francia